

TRABAJO DE CIENCIAS SOCIALES
2º ESO
SOBRE CASTILLA LA MANCHA EN LA EDAD MODERNA
Autor: LUCÍA POLO MARTÍNEZ, 2ºA



Lucía Polo Martínez 2ºA

**ALBACETE SIGLOS XVI Y XVII LA HISTORIA DE UN
EMPADRONAMIENTO**



Luis Martínez acababa de ser elegido por el concejo de la villa para un trabajo muy innovador, empadronar a todos los vecinos residentes en esta villa de Albacete.

Era un trabajo que le agradaba en gran medida, pues desde su punto de vista como vecino consideraba que era muy necesario tal empadronamiento para así tener constancia de cuantos habitantes tenía la villa en estos momentos, y sobre todo porque la población había crecido considerablemente en los últimos años por la llegada de muchos forasteros, principalmente procedentes de la cercana villa de Chinchilla para instalarse y fijar definitivamente aquí su residencia.

Los motivos por los que todos esos nuevos vecinos habían llegado desde diferentes lugares para instalarse en esta villa eran diferentes, aunque la mayoría eran atraídos por la posibilidad de ocupar las tierras concejiles comunales para labores agrícolas.

Tras estas pequeñas reflexiones, Luis trató de concentrarse en el trabajo que tenía por delante; le gustaba recorrer las calles de una villa que crecía en todos los aspectos, tanto en el aspecto demográfico como territorialmente, aunque este último crecimiento no estaba exento de polémicas, disputas y pleitos con la mencionada villa de Chinchilla, sin olvidar que hacía muy poco la aldea de la Gineta con sus 153 habitantes se había emancipado, lo que había provocado una reducción territorial de su querida villa.

Sí, a Luis le encantaba su nuevo trabajo porque no solo le gustaba recorrer las calles de su villa sino también el tener contacto con una población tan dispar y variopinta, donde podía encontrarse desde jornaleros, agricultores, ganaderos y hasta artesanos. Estos últimos vivían en una misma calle, calle que por lo general recibía el nombre de la agrupación de artesanos que en ella vivían; esto provocó una sonrisa en Luis y pensó que era una forma muy eficaz de saber a que calle debía dirigirse si precisaba algo de estos artesanos.

Caminaba a buen ritmo, tocando en cada puerta que a su paso encontraba, escribiendo en un padrón a cada uno de los vecinos que allí residían, siempre por riguroso orden alfabético.

Sin embargo, y a pesar de la satisfacción que su trabajo le proporcionaba, algo le entristeció, trató de apartar de su mente los rumores que corrían sobre una enfermedad devastadora que parecía amenazar la villa, la peste. Había oído mucho sobre esta enfermedad que castigaba duramente a provincia andaluzas, también tenía conocimiento de las medidas que el concejo había adoptado tratando de evitar que esta enfermedad llegara hasta la villa, como era tapiarla dejando tan solo las puertas de San Sebastián y Chinchilla e incluso trayendo la Virgen de los Llanos que ya había librado la villa en otras ocasiones; no estaba convencido si las medidas resultarían totalmente eficaces, pero ¿qué otras medidas se podrían adoptar ante semejante amenaza?

Así y sin apenas darse cuenta con tan oscuros pensamientos, Luis se encontraba ya al inicio de la calle Santa Catalina, donde continuó con su

trabajo, llamar a todas y cada una de las puertas, e inscribir a los vecinos que allí vivían. De aquí se dirigió a Villacerrada, lugar de residencia de hortelanos, pastores y demás trabajadores agrícolas.

El día había resultado agotador, le dolían los pies de tanto caminar pero no le importaba, decidió descansar y comerse un trozo de pan y queso para recuperar fuerzas y poder continuar. Tras su pequeño descanso, ya con fuerzas renovadas, encaminó sus pasos hacia la calle La Feria, él sabía que allí residía gente con una desahogada posición económica, muchos de ellos propietarios de tierras.

Al terminar de inscribir a los vecinos de esta calle, se dirigió a la calle Concepción y después a Padre Romano, terminando esa tarde casi de recorrer todo el núcleo situado en torno al Cerrillo de San Juan.

El día tocaba su fin y el trabajo había finalizado por hoy, Luis se encontraba muy satisfecho y orgulloso de haber comprobado por si mismo como su villa crecía, como sus calles se iban poblando cada vez más; con este optimismo se marchó a casa para descansar y ya mañana poder continuar con tan ardua labor.

Se levantó al alba, metió un trozo de pan y queso en unas alforjas, que se colgó al hombro, para así poder recuperar fuerzas cuando le fuera necesario; ya estaba preparado para poder enfrentarse a lo que el nuevo día le deparase. Cerró la puerta de su casa, y silbando, se dirigió a recorrer otras tantas calles.

El día anterior, prácticamente había inscrito a todos los vecinos del Cerrillo de San Juan, le quedaban un par de calles y hacia allí se dirigió. La calle del Vicario, después la de San Francisco y por último la calle Zapateros, donde se avecinaban comerciantes y artesanos, dedicados sobre todo al oficio de zapateros, alpargateros, cuchilleros y espaderos. Le encantaba el olor a cuero que esa calle desprendía.

Era cerca del mediodía, cuando se dio cuenta que estaba al inicio de la famosa calle Carnicería; la fama de esta calle se debía a que hasta hacía muy poco tiempo aquí se encontraba la única carnicería que abastecía de carne a toda la villa.

Tras un merecido descanso, decidió continuar su recorrido: calle el Tinte, Tejares y Santa Quiteria; en estas calles residían la mayoría de los artesanos de la lana, se podían encontrar peinadores, tejedores..., continuó con su trabajo por las calles colindantes, tocando a cada puerta, inscribiendo vecino tras vecino.

El padrón iba creciendo con cada nuevo nombre que inscribía, y también el cansancio se iba apoderando de Luis, pero no desfalleció, estaba casi oscureciendo, pero todavía inscribió a los vecinos de las calles Cornejo y Alberto Piqueras.

Al siguiente día le despertó el canto de un gallo; se levantó despacio, debía continuar el trabajo donde lo había dejado el día anterior. Por su cabeza

pasaron los recuerdos de toda aquella gente, que ahora sentía más cercana, gente con nombres y apellidos, gente que formaba parte de un nuevo proyecto, de una nueva villa.

El trabajo tocaba su fin, así lo presentía él, lo que nunca pudo imaginar era que esta labor que tan alegremente realizó, marcaría un antes y un después para esta villa, ya que por primera vez quedaría constancia del número de vecinos que residían.

Luis se calzó las alpargatas, se tomó un vaso de leche y tras cerrar la puerta de su casa se dirigió a las calles que le quedaban. Así fue como llegó a la calle puerta de Chinchilla donde había varios mesones y paradores que acogían a los muchos forasteros que estaban de paso, porque efectivamente esta villa era un lugar de cruce de caminos, y por esta razón llegaban muchos forasteros que precisaban de un lugar donde alimentarse y calmar su sed.

Era ya mediodía, y también Luis se dirigió a uno de estos mesones donde tras beber un vaso de vino y comer un buen trazo de jamón, se encontró con fuerzas suficientes para continuar. Tras este pequeño y merecido descanso, y concluido su trabajo en esta calle se dirigió a la de la Cuesta, donde el obispado de Murcia había autorizado la construcción de una nueva Iglesia "*La Purísima*", que había sido construida para poder atender a una población cada vez mayor, y a una villa que también crecía en extensión.

Por fin, el trabajo de Luis había finalizado, había recorrido todas y cada una de las calles de una villa que crecía, y había dejado constancia de este crecimiento a través de un registro en el que habían sido inscritos todos y cada uno de sus vecinos.

En parte, que hubiera terminado su labor le entristecía, había sido un trabajo un tanto agotador, sin embargo le había permitido tener un contacto directo con la población y esto era algo que él valoraba muy positivamente, ya que recorrer las calles, ver como la villa crecía, como cada vez se poblaba más o como iban surgiendo nuevos negocios para atender las necesidades de una población que así los demandaba le llenaban de entusiasmo, pero además le permitían extraer sus propias conclusiones:

En primer lugar, que el notable crecimiento que había experimentado la villa se debía en parte a los muchos forasteros que atraídos por la posibilidad de encontrar un trabajo habían decidido instalarse aquí definitivamente, y esto impulsó a que muchos comerciantes y artesanos decidieran fijar también aquí su residencia para abastecer las necesidades de una población que crecía y que, sin lugar a dudas, demandaría muchos más de sus productos.

También la población había crecido, porque eran muchos los moriscos que vivían mezclados con cristianos viejos, y que se dedicaban a diferentes trabajos, aunque destacaban los de trajineros y acarreadores de mercancías.

Luis sonrió, definitivamente el trabajo le había aportado mucho más de lo que nunca imaginó, le permitió no solo recorrer las calles de la villa, sino verla con

otros ojos, conocer a sus habitantes, ponerles nombres y apellidos, saber donde se encontraban los distintos artesanos, las Iglesias, carnicerías... y como no, tener contacto con todos los nuevos cristianos, que aunque en principio llegaron aquí como lugar de paso y de distribución a otros lugares, se instalaron definitivamente y convivieron con el resto de cristianos.

Todo esto estaba permitiendo que una nueva villa renaciera, mucho más diversa, con grandes objetivos por conseguir, más floreciente y con muchas esperanzas de cara a un futuro.

BIBLIOGRAFÍA

<http://perseo.sabuco.com/historia/images/Plano%20Albacete%20s%20XVI.jpg>

<http://perseo.sabuco.com/historia/ABEM.pdf>

[www.iealbacetenses.com/getfile.php?fr=documentos/editorial/II_CHA-T3 .pdf](http://www.iealbacetenses.com/getfile.php?fr=documentos/editorial/II_CHA-T3.pdf)

<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2691809.pdf>